



Tango de la viuda negra

**Enrique Martín Salinero. Peñaranda de Bracamonte,
Salamanca, 21 años.**

Entre aromas de amapolas de luna y extrañas sensaciones de romero triste, Enrique nos regala este cuento enraizado en el más puro género negro. Este joven peñarandino que disfruta con la naturaleza (no en vano comienza este curso el Grado Superior de Forestales en Salamanca), escribe desde muy pequeño, tanto, que casi no lo recuerda. En los paseos por el campo y por la vida le acompañan los versos de Miguel Hernández y de Gerardo Diego y la prosa exquisita y certera de Gabriel García Márquez y Vargas Llosa, aunque a ratos, lee ensayo y ve cine del *bueno*, si es Berlanga, mejor que mejor.

Tango de la viuda negra

Enrique Martín Salinero

Era aquel sabor de boca una confusión agradable entre el destino empalagoso y una extraña sensación de romero triste. Por eso se había llenado la boca con la ginebra ardiente que permanecía todo el año encerrada en el mueble bar, detrás de viejas botellas polvorientas con un caballo blanco en la etiqueta, y que sólo se sacaba, quizá con la de anís, para caldear los encuentros entrañables, teñidos de luz angosta, que les reunía en torno a la mesa navideña o de algún que otro cumpleaños.

Pensó que el licor de aquella botella, eventual visitante del mantel familiar, tendría un regusto azoico heredado con los años que, polvorienta hasta la limpieza fortuita, había permanecido abandonada en su refugio ocioso. Y además, protegido por el esmerado trato que solía recibir, descargaría una amalgama espirituosa, como una palmadita final en la espalda, o una bofetada ligera, en todo caso.

«¡Adelante, chico!», y con la lengua hecha un andrajo estoposo de resina y alcohol, avanzó pesadamente hasta la cocina y empuñó un cuchillo con el mango repleto de delicadas figuras. La decisión estaba tomada, no a la ligera ni como el que elige el color del sofá, sino tan profundamente que podía leerse la necesidad en sus ojos o quedar escrita en sello de fuego sobre la tarima humeante detrás de cada paso. Y la puya manicorta y cuidada, que sostenía con pulso alborotado, era el arma perfecta, el billete de regalo que había de llevarse sus males a una expedición de ultratumba.

La verdad es que aquel cuchillo le había fascinado desde siempre. Cuando entraba en la cocina era incapaz de evitar una mirada, por corta o desinteresada que fuese, dirigida

hacia el extraño ocupante de la alacena sin puertas, que había estado allí desde tiempo inmemorial, al menos para él, como un santo en su hornacina. Era inquietante pensar que nunca lo habían utilizado para nada y siguiera estando en la alacena, ocupando un anaquel entero e impregnándolo de su infertilidad laboral. Podía argüirse que era una mole obsoleta, fea incluso, y que el hecho de ser herencia del abuelo, al que él nunca conoció, no le restaba defectos tan obvios.

Pero la sangre es la sangre, ya se sabe, y el filo holgazán había pasado años enteros sin siquiera fecundar una ensaladera con alguna viruta de cebolla. «Bonita estupidez», musitó acerca de la amnistía que había protegido al cuchillo de la invasión de las latas de calamares o el maíz de bote, y caminó bamboleante, los ojos humedecidos, pestañeando con fuerza de vez en cuando, hasta alcanzar la escalera y apoyarse en la barandilla, tomando aliento apresuradamente y destilando una atmósfera de ginebra enfebrecida.

Arriba, sólo unos cuantos escalones más allá de donde su mano resudaba la barandilla de madera barnizada, estaba el final de su ira. Ricardo Tudela había meditado con profundidad todos los motivos que forcejeaban en su cabeza, desde el amor más intenso hasta el odio más calado, y sentido cómo se había diluido el mosaico de razones hasta colmar el platillo de la ira sin freno. Y no era para menos, pues sus ojos rezumaban, además de lágrimas disimuladas con aguarrás embriagador, la carga del dolor que puede dejarle a un hombre, enamorado hasta la muerte, que otro le arrebate el deseo más hondo.

Y más aún si ese deseo se llama Silvia y es un ondular de caderas como el trigo sacudido por el viento, y sus manos huelen a amapola de luna, y su pelo brilla como mariposas de ámbar, y sus ojos parecen capaces de extraviar a cualquiera en un mar sin gaviotas. Entonces quizás, y sólo

entonces, puede usarse una joya tan mística y sembrada de profecía para sacar al destino de su equivocación, asestando una o dos puñaladas, tres, si no eran muy precisas, en el pecho del ladrón de corazones.

Ricardo Tudela, gallardo como los alcotanes que solían anidar junto al río, ensayó varias estocadas, lleno de euforia, atravesando bandidos invisibles, luchando a espada con el mismísimo Aníbal o decidiendo reyertas entre matones de pelo descuidado que pasaban el tiempo peleando en los bares de mala reputación. Sonrió, pícaro, con la seguridad de estar a punto de sacar al destino de un grave error. Por mucho que la suerte alterara lo que le quedaba hasta la alcaoba del delito, aunque torciera la escalera hacia un vórtice adimensional o al calabozo de un cuartelillo, o aunque la mano de Satán ascendiera para engarrotarle los tobillos y arrastrarle al infierno, terminaría la misión cósmica para la que algún herrero visionario, tal vez en el norte o en Albacete, había fabricado el cuchillo.

Ebrio de poder, apretó con fuerza el mango, y se extasió al sentirse un hombre a punto de realizarse, un valiente, un héroe, si se me permite. Todo lo contrario que su abuelo, al que se había honrado con la presencia del cuchillo en su capilla improvisada y alguna que otra foto sobre el televisor, porque, según le habían contado, murió cobardemente cuando un mastín asilvestrado lo acorraló en el huerto. Pero él era diferente y por sus venas corría una aleación de azufre y panteras. Él no iba a dejar que nadie le arrebatase la mujer con la que iba a casarse, la mitad de su vida, toda su alma. Nadie, fuera quien fuera, por mucho que su voz sedujera y nublaste la vista de cualquier jovencita, podría quitarle el futuro de entre las manos, la violeta de papel pinocho que le llenaba la boca de ruisseños al nombrarla.

Repasando toda la historia que los había unido hasta las puertas del matrimonio y ahora se la arrancaba de cuajo, en

manos de otro, ascendió y se paró un momento, sucio como un lamido de vaca, ante la puerta de la alcoba de su padre. Detrás, parecía, sólo le aguardaba el silencio. Inmóvil, los ojos humedecidos, trató de llenar su entrada de efluvios filosóficos, de teorías arcaicas acerca de la muerte, de la justicia, del bien y del mal. Pensó en Montaigne y en la muerte, en Aristóteles y su ética, en Descartes y su demiurgo juguetero, en Julio César y Bruto. Pero el silencio uterino y protector que emanaba la puerta de la habitación sólo le permitió sobrecogerse con un temor freudiano, subconsciente, cuando se vio dispuesto a seguir los pasos que atormentaron a Edipo durante el resto de su peregrinar a ninguna parte.

Por un breve segundo se sintió también una especie de vengador, con el propósito firme de evitar la profanación que se iba a hacer de la memoria de su difunta madre, la única mujer a la que, según sus palabras antes de morir, susurradas como una alianza desde allí hasta la muerte de su viudo esposo, podía pertenecer su padre hasta el fin del mundo. Y con la satisfacción de ser una vuelta de tuerca restauradora, tomó aliento como si estuviera en la antesala de la horca.

Giró el picaporte, que por toda oposición regaló un chirrido suave, y abrió la puerta con aplomo desmedido, mientras invadía la estancia cálida y cargada de un olor dulce a amapola y Silvia. La oscuridad acogedora de la alcoba se ensució de luz bruscamente, y Ricardo Tudela pudo ver dos figuras abrazadas, las bocas eléctricas besándose y separándose molestas por la interrupción, la mano de él abandonada como una bayeta vieja entre las piernas de ella, los torsos casi desnudos, las miradas de sorpresa...

Fabián Tudela dirigió los ojos, molestos por el contraste de la luz hiriente, hacia la silueta recortada que avanzaba hacia él. Entonces, y sólo entonces, entendió que el destino

no se puede burlar ni guardarse en una caja de zapatos como los soldaditos de plomo que acaban olvidados, en un baúl del trastero o el cajón de una vieja cómoda, hasta que tu hijo los rescata y se le encienden los ojos igual que dos bengalas. O mejor dicho, pensó que sí podía guardarse hasta que tu hijo lo encontrara y terminara lo que un día comenzó como un deber inexcusable.

Recuperó su mano de entre las piernas de Silvia, se colocó la camisa con un movimiento brusco y veloz y levantó su metro ochenta de estatura, ofreciendo el pecho, visible por la camisa entreabierta, al manojo de ira que se abalanzaba hacia él. Fabián Tudela pudo recordar en ese instante, con una claridad absoluta, como de monedas de oro encontradas de improviso en un galeón hundido, la historia que había querido olvidar para siempre, los lazos que le unían terca-mente a ese momento y jamás había comprendido.

Entonces entendió. Recordó el sabor a ginebra en la boca, recordó la botella que llevaba en el mueble bar desde el principio de los tiempos; el cuchillo heredado de su abuelo, como su padre lo heredó del suyo, y el suyo del anterior, y el anterior... Sintió vivamente, como las canciones, olvidadas en algún rincón, que un gramófono melancólico desempolva una tarde de otoño y nos hacen llorar, todos los miedos y la ira que le poblaron un día fatídico. El cuchillo de la alacena, la puerta de atrás, la valla del huerto, bailaban en sus ojos con cercanía estremecedora; quiso llorar, arrepentirse profundamente de la sangre que le había manchado la vida, del gemido agonizante de su padre que intentaba agarrarse a él antes de caer en el barro sanguinolento, pero no lloró. Era culpable y lo sabía. Él había robado lo mismo que le robaron mucho tiempo atrás, había herido como ahora hería, había ocultado como ahora sería ocultado, como pactó con su mujer, ante el cadáver aún caliente de su padre, que había sido un mastín asilvestrado.

Hasta ese momento estuvo ciego, siguiendo los pasos de su padre sin percatarse de ello, atrapado en la marea de seda que le ofrecía Silvia, derramando el aroma de amapola de luna y precipitándole a la carrera traidora de arrancársela a su propio hijo. «Los hombres buscan una mujer que sea como su madre», decía su esposa. Por eso Ricardo había buscado durante años enteros hasta encontrarla así, preciosa, delicada, Silvia como su madre, sintiendo el impulso carnal irrefrenable que le había inculcado con sus palabras; y por eso, Fabián no había podido resistir el retorno de su esposa encarnado en el huracán de ojos azules que su hijo había conocido.

Ahora veía con plenitud y podía descifrar la magia que atesoraba esa mujer. De alguna manera incomprensible, lograba llegar hasta ellos de generación en generación, para dejar su semilla periódica y morir cuando, después de haber embaucado a su hijo para que la encontrase de nuevo, estaba preparada para nacer en otra parte, eterna, bella, joven, Silvia otra vez. Y llena de arte de caderas, regresaba a la casa y lo preparaba todo para que, místicamente, se sucedieran padres e hijos y ella pudiera deshacerse de su coraza mortal.

Inundado de aquella repentina sabiduría, podría haber abierto los ojos del siguiente ante el destino, hablarle del temblor de manos, del licor ardiente, de la atracción del cuchillo, del imperativo místico que le unía a su muerte; podría haber hablado de Montaigne y la muerte, de Aristóteles y su ética, de Descartes y su demiurgo jugueteón, de Julio César y Bruto. Ricardo abriría los ojos, supuso, y entendería que esa tragedia no era más que un puñado de cábalas diabólicas, magistralmente enlazadas para arruinarles. Podría haber parado el bucle fantasmagórico para siempre, pero no tuvo tiempo.

Ricardo Tudela asestó una ráfaga de hacer homicida cer-

tera y brutal; Fabián recibió un aletazo súbito que sesgaba su deseo revelador. Pero, apretando con fuerza la camisa salpicada de sangre de su asesino, intentando desesperadamente encaramarse hasta su oído, articuló una frase antes de desplomarse en la agonía última y plagada de estertores. Repitió exactamente lo mismo que su padre le entregó, sembrado de clarividencia y, a la vez, de oscuro sentido:

—¡Hijo, tú... vas a vivir mi vida!

Y se desplomó como un trapo. Silvia se levantó, tapándose la boca con la mano, y con los ojos llenos de lágrimas y asombro. Ricardo miró sus manos ensangrentadas, poseído por un temblor de miedo y arrepentimiento, y se dejó caer de rodillas, el rostro desencajado, las manos sobre su padre, llorando lágrimas de acíbar. Silvia esperó hasta que Ricardo se incorporó de nuevo, enjugándose las lágrimas con las manos mientras dejaba en su lugar trazos rojizos. Entonces se acercó hasta él, lo abrazó con fuerza y le susurró al oído, cálidamente:

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

Ricardo miró el cadáver y reflexionó.

—Han entrado a robar. Revolveremos algunos cajones, haré desaparecer algo de valor —dijo—... Sí, eso haremos: diremos que han entrado a robar...

Silvia asintió en señal de conformidad. Entonces se agachó a coger el cuchillo, bajó las escaleras en silencio, lo limpió con esmero y lo depositó cuidadosamente en el anaquel de la alacena, donde, de ahora en adelante, permanecería como un recuerdo de familia heredado del abuelo Fabián Tudela, muerto cobardemente a manos de un ladrón desconocido.